

gastado para aquel templo millon y medio de pesetas!...

María, que en estos tiempos quiere salvar las almas con aquel mismo Rosario con que salvó á la sociedad civil del siglo XIII, segun Ella misma lo manifestaba allá en la montaña de Lourdes; nuestra dulce y piadosa Madre, desea este templo á ella dedicado en prenda de su amor para con los hombres, bajo el título del Rosario. Y los acontecimientos extraordinarios que se han realizado en el decurso de catorce años, y las gracias que Ella concede á los fieles de todo rango y de todo país, tan solo por contribuir á la ereccion de su predilecto templo, dán una completa seguridad, y dilatan el corazon con la más dulce esperanza.

FIN.



LIBRO CUARTO

La fundación del Templo.

CAPÍTULO I

MAYO DE 1876.

§ I. El plan del Santuario.

La primera piedra del edificio que había de ser un día *casa del Señor* en Pompeya, había sido colocada como base de una nueva Arca de Noé, destinada á reconciliar con Dios la culpable generación del siglo décimo nono con la próxima generación del vigésimo.

En el ardor de nuestros deseos, nos parecia haber vencido las mayores dificultades que desde el principio habían surgido, y que por fin habíamos llegado al día tan suspirado *de echar las bases de un templo al Dios verdadero sobre la tierra de los dioses falsos.*

Pero concluidas las fiestas, y ponderando las cosas detenidamente, empezamos á hallar nuevas dificultades, que no nos habíamos imaginado antes.

Y para empezar, ¿cómo había de ser aquella Iglesia? ¿qué largura y anchura debía tener? ¿cuántos altares, cuántas capillas?

La prudencia evangélica nos aconsejaba no emprender más de lo que podíamos, y el santo obispo de Nola nos había dicho: «No gastar más de lo que teneis».

Pero, por otra parte, recordábamos otro consejo del santo varón:

—Cuando se deben poner los fundamentos de una Iglesia, no hay que calcular el número actual de los habitantes del lugar, pero sí el aumento de la población en veinte años.

Siguiendo ese cálculo, la previsión aconsejaría construir una Iglesia capaz de contener *dos mil* personas, teniendo en cuenta el crecer diez veces la actual población. Para conciliar estas dos máximas contrarias, el subsodicho señor obispo había hallado la siguiente solución: hacer los fundamentos no de una vez, sino poco á poco, en proporción del dinero recibido; luego levantar dos muros; sobre ellos, fundar un arco, una bóveda, y con una pared provisoria entre los dos muros que los encierre, y con eso queda construida una pequeña Iglesia.

Al año siguiente se derriba la pared del centro, se siguen los fundamentos, los muros laterales con arcos y bóvedas; y así cada año, derribando y construyendo, se obtiene la largura de la Iglesia, á voluntad y proporción del dinero recibido.

Conociendo poco las bases de la arquitectura, ese consejo nos pareció bueno, porque era *prudente* y favorecía la *previsión* del futuro aumento de la población.

Pero surgía otra dificultad!

¿Debían construirse los fundamentos todos de un trozo á *tela*, como se dice, para ser más sólidos, ó con *arcos* y pilastros, por ser más económicos?

Y mirando á la economía, ¿qué medidas debían tener aquellos arcos y aquellos pilastros? Además, queriendo erigir un templo para dos mil aldeanos, ¿qué forma sería la mejor para gentes del campo? ¿qué estilo seguir? ¿á columnas ó á pilastrones? ¿una nave ó tres? ¿á cruz latina ó griega? ¿con bóveda de material, ó con techo con vigas de madera? Todo esto era para mí problema difícil de resolver.

Verdaderamente, era necesario un dibujo; pero ¿cómo tenerlo?

Siempre dispuesto á seguir en todo los consejos de mi antiguo Pastor, decidimos empezar á trabajar los fundamentos á trozos, y con esto quedaba zanjada la cuestión de la largura

del templo; pero ¿y la anchura? Era necesario fuese determinada antes de empezar los muros laterales.

Pero no me desanimé.

Mi idea principal era la de *edificar un templo al Dios verdadero* en aquel triste lugar, para que aquel pueblo naciente pudiera invocar en él á la Reina de las Victorias como su Patrona con la preciosa corona de su *Rosario*. Para esto era inútil por ahora el pensar cuál arquitectura tendría nuestra Iglesia. Cuatro paredes blanqueadas con cal, una bóveda sencilla, también pintada de blanco, era lo bastante, y el pueblo entraría sin molestia para adorar y alabar á Dios en ella.

Además me pasaba otra idea por la cabeza:

Había visto cerca de Scafati una Iglesia bastante grande para contener unas mil personas, dedicada á *Nuestra Señora de los Muroli*. Era de una sola nave á cruz latina, pintada de blanco, que le daba un aire alegre y puro.

Oh! cuánto desearía tener una semejante en el Valle. Me informé, y supe que aquellos ciudadanos habían empleado *treinta* años para construirla y gastado *treinta mil* liras!...

Treinta años de trabajo y *treinta mil* liras daban que pensar! ¿Dónde sacaría tal suma entre mis pobres paisanos, y yo, tan enfermizo, cómo pensar en vivir tantos años?

—No debeis ser egoistas—nos repetía á menudo nuestro obispo.— *No debeis pensar sólo en vosotros, pero si en vuestra posteridad. Vosotros empezais, los otros acabarán.*

Estas palabras se presentaban siempre á mi memoria. Nosotros debemos empezar sin siquiera pensar que veremos el fin. Pongamos nuestra confianza en Dios, y adelante!

Nosotros empezaremos y otros acabarán. Nos ha gustado la Iglesia de *Nuestra Señora dei Muroli*, tomémosla por modelo para nuestra Iglesia en Pompeya.

Decididos á esto, nos fuimos una mañana con la condesa y un primer albañil de Scafati, Pascual Vitello, á aquella Iglesia. Nos acompañaba también un sacerdote amigo de la condesa. Tomamos las medidas de lo largo y ancho de la Iglesia con una cuerdecilla, y como supe que D. Genaro tenía una propensión natural á cosas mecánicas, le pedí me sacase en relieve un dibujo topográfico de una Iglesia que fuese del todo semejante á aquélla. Para satisfacerme, hizo sobre un papel un bosquejo de una Iglesia de una sola nave y con cuatro capillas. En honor de la verdad, aquel dibujo debía ser algo estrambótico, porque habiéndolo mostrado á un perito del arte, se echó á reír al verlo, pero á nosotros, que ardíamos en deseo de empezar la obra, nos pareció más que suficiente para emprender nuestro trabajo.

D. Genaro propuso, como más económico, no dar la construcción á destajo, pero más bien pagar los obreros á jornal, y él y su padre, que habían asistido á la colocación de la primera piedra, y había hecho voto de vigilar gratuitamente las obras, cuidarían de pagar los obreros con equidad y economía.

Se decidió por último levantar los fundamentos con *arcos y pilastras*.

§ II. Las primeras piedras llevadas sobre los hombros.

Para conducir la obra con poco dinero y al mismo tiempo con actividad, el viejo párroco Cirilo, que ya conocen nuestros lectores, como el *primer párroco de Pompeya*, propuso convidar el domingo próximo á los colonos y á los arrieros, para que cada uno ofreciese quien su obra en los dias festivos, otros diesen un carro de piedras, ó de tierra vulcánica llamada *poszolana* ó cal, ó alguna otra materia adecuada para la construcción.

En proximidad del terreno de Fusco, un guarda de las excavaciones de Pompeya había abierto una pequeña cantera de piedras vulcánicas para edificarse una casita. Cuando vió poner la *primera piedra* del templo, hizo en su corazón la promesa de dar para aquella santa obra

doce metros cúbicos de piedra, y aguardaba los carros para transportarlas. El primer domingo después del 8 de Mayo, que aquel año era el 14, estando reunido el pueblo naciente de Pompeya, el cura empezó á decir: que Dios había tenido piedad de ellos, disponiendo que se edificara una Iglesia donde podrían recogerse todos para oír Misa y ser buenos cristianos, y que era un gran mérito para el hombre el levantar una Iglesia. Que todos debían tenerse por muy honrados de poder ayudar á la construcción de la Casa que Dios se dignaba venir á habitar. Y ya que el guarda de Pompeya ofrecía dar piedras, sería una obra meritoria el llevarlas sobre *los propios hombros*, reconociéndose así al servicio del Señor del cielo y de la tierra. La palabra del sacerdote llevó sus frutos, y cuantos le oyeron, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, siguieron los deseos y el ejemplo de su propio pastor.

Se puso á la cabeza el viejo párroco, y como en procesión le siguieron los dos hermanos sacerdotes Federicio, la condesa con sus cuatro hijos, y todos los criados de casa y los colonos y luego niños y niñas del pueblo pompeyano. Era un espectáculo conmovedor el ver toda aquella gente venir por la carretera que de Nápoles conduce á Salerno, cargados cada uno de piedras que llevaban con una fé humilde y

sincera, y al mismo tiempo fuerte y despreciadora de todo respeto humano.

También yo iba entre esos bienaventurados, y llevé mi piedra sobre mis espaldas, y quien sabe si esa noble humillación no me ha valido la suerte de ver hoy casi concluida la *Casa del Señor*. También la Condesa y su hija Juanita llevaron una piedra; y ésta doce años después se salvó de la muerte por aquella Iglesia para la cual había llevado una piedra en sus brazos.

Así mismo el primogénito, el Conde Francisco de Tuseo, tuvo aquel honor ¡y quién lo creyera! Quince años después volvió también de muerte á vida por aquella Iglesia. Oh! cómo recompensa Dios á quien le sirve con amor, y con cuánta predilección mira á quien concurre á levantarle Iglesias y altares en esta tierra en donde Él pueda comunicar con sus criaturas!

Cada uno de nosotros en aquella circunstancia se sentía arrebatado de una fé indecible. No podíamos entonces ciertamente preveer el destino de aquella Iglesia que se construía para pobres aldeanos. No: El pensamiento que predominaba era: *Hacer que Dios fuese adorado en aquel lugar donde no era adorado convenientemente, y tributarle actos de alabanzas, de adoración y de amor, que toda criatura debe á su Criador y Señor.*

Oh! Cuán felices nos sentimos hoy al recordar aquel acto de humildad y de penitencia que tuvimos la fortuna de ejercer aquel día! Pensar que hemos puesto con nuestras mismas manos una piedra de los fundamentos de un templo del Señor... y de qué templo? del que diez y ocho años después vino declarado Santuario Pontificio por el Representante de Jesucristo en la tierra.

Si algún incrédulo nos hubiera visto aquel día por la carretera de Nápoles-Salerno, caminar bajo el peso de la piedra que llevábamos, encorbados, bañados de sudor, descansar un rato y luego emprender de nuevo nuestro camino, ciertamente que ese incrédulo nos tendría por locos y se hubiera reído en nuestra cara. Pero nosotros aquel día enteramente poseídos de la fé no le hubiéramos contestado. Pero hoy después de diez y nueve años, después de tantas señales de misericordia como nos ha dado María en ese templo, hoy, habríamos dejado aquella piedra sobre el horde del camino, y lo habríamos abrazado, y con dulzura y afecto le habríamos llevado á los pies de Nuestra Madre *para mostrarle los prodigios de Dios sobre aquella tierra que fué de los paganos*. La dulce mirada de la Virgen no le hubiera dejado partir sin una bendición, y la bendición de María es siempre llevadera de fé y de paz, aun cuando parece traernos el

martirio. Bienaventurado el que ama y honra una Reina tan amable.

§ III.—Falsos principios y tristes consecuencias.

De este modo fueron traídas las primeras piedras que debían servir para los fundamentos de la Iglesia. Tras la oferta del guarda, vinieron muchas más de carreteros, de propietarios de piedras, de vendedores de cal de modo que ya no faltaba nada para poner mano á la obra. Así es que el lunes siguiente se empezó á abrir aquella tierra que proviene de varias erupciones volcánicas. Y aquí nos parece útil decir algo sobre la naturaleza de aquel suelo para que el lector comprenda mejor lo que vamos á contar.

El suelo en este punto del Valle está formado por diferentes capas de tierra y de poca profundidad. La tierra formada con la ceniza que echó el Vesubio en las erupciones posteriores á la del 79, son fertilísimas, gracias á los trabajos de los colonos y á la irrigación del Canal del Sarno. Suelen dar al paciente cultivador cuatro cosechas al año. Este terreno tan fértil cubre una capa de tierra dura, maciza, que llaman aquí *tuono* y los naturalistas *tasso*. Está

formada con ceniza y hierro, empastados con agua hirviendo, que cayó durante la famosa erupción del 79. Sobre este *tuono* ó banco, acostumbran hoy los de Pompeya á poner los fundamentos de sus casas.

Bajo esa capa de *tuono* se halla otra de *lapilli*, que son piedrecitas blancas, ligeras y espumosas, que á pesar de esto llegaron á enterrar una gran ciudad. Tanta fué la cantidad que el cielo hizo llover del volcán sobre la lujuriosa ciudad pagana.

Este monte de *lapilli* tiene tres ó cuatro metros de alto y de tiempo en tiempo está mezclado con alguna capa de *tuono* ó *tasso* del espesor de medio metro, formado por otra ceniza que cayó en aquellos tiempos de lluvia fatal junto con *lapilli*.

Todo esto sobre tierra cultivada por los antiguos pompeyanos, tierra rojiza, fértil, en la que he hallado mezcladas varias cosas como moneda, esqueletos de pájaros, y aún un esqueleto de un esclavo, á juzgar por las cadenas que tenía en las canillas.

Por el estado en que se encuentra esa tierra, se conoce la manera que tenían de cultivarlas, la labraban en anchas bandas divididas por pequeños canales, como lo hacen aún en las huertas alrededor de Nápoles.

Debajo de los *lapilli*, y tal vez entre ellos, se hallan manantiales de agua potable, y á

menudo aguas minerales, en las que abundan el hierro y la magnesia.

Hechas estas observaciones, que no carecen de utilidad, volvamos á nuestra historia.

José Federico, hombre muy experimentado en negocios, habiendo notado que los albañiles de Scafati pedían más caro, se dirigió á un sobrestante albañil de Bosco, llamado Luis Cirillo, para la construcción de las primeras pilastras, más éste, no calculando el peso que debían sostener luego, las planteó sólo á dos metros y medio de profundidad, es decir, sobre el segundo *tasso*, el cual, como ya queda dicho, no tiene más fundamento que una segunda capa de *lapilli*.

Yo dudaba que eso fuese bien hecho y pensé consultar á un arquitecto.

Por fortuna, la Condesa conocía en Nápoles un viejo ingeniero, el Sr. D. Francisco Aratore que había edificado por cuenta de la señora Catalina Volpicelli la casa de las esclavas del Sagrado Corazón. Habiendo sabido sus señas recurrimos á él. Cuando este supo el modo que se había empleado para esa construcción, quedó maravillado que no tuviésemos la dirección de un hombre del arte.

Le rogamos que viniera á ver aunque no fuese más que por un día, lo que hasta entonces se había hecho, pero se excusó por causa de salud y de sus años, pero nos dijo

que mandaría en vez suya un jóven que le asistía.

Efectivamente, dos dias después vino éste á Pompeya y visitó el lugar donde se habían empezado las escavaciones.

Es inútil decir que desaprobó del todo el modo y las medidas tomadas.

«Es necesario apoyar en el agua las pilastras de fundamentos» dijo él «si se quiere que sean sólidos y no se muevan».

Era, pues, necesario volver á empezar á hacer las pilastras y ensanchar los muros hasta dos metros 70 centímetros y girar las bóvedas subterráneas para hacerlas firmes. Además para una Iglesia que debía poder contener dos mil personas, aquellas pilastras eran endebles y los arcos muy superficiales. En fin, si no se había del todo derrochado el dinero al menos se había perdido tiempo.

Me hallaba perplejo y no sabiendo á qué atenerme, pensé que lo mejor sería pedir consejo al Sr. Obispo de Nola, y para esto, mandamos al sacerdote D. Genaro para contarle todo lo ocurrido.

El pobre Obispo al principio se atemorizó también y no sabiendo á cual partido acogerse dijo: Suspende todo hasta que os mande al *Mastro Salvatore*. El decidirá lo que se deba hacer, y luego iré yo mismo.

§. IV.—Sobre la brecha.

Quien era *Mastro Salvatore*?

Salvador Tadeo era un albañil de Nola, de cerca de setenta años de edad, hombre íntegro y bastante experto en su profesión del que se había valido Monseñor Formisano para algunas reparaciones en el Seminario; hacía gran aprecio de él, y cuando el Santo Varón debía emprender alguna obra, recurría siempre al consejo de su antiguo y fiel obrero. Por otro lado Salvador Tadeo tenía tal respeto y veneración hacia el Obispo de Nola, que no tenía otro parecer sino el suyo.

El día, pues, convenido, nos reunimos sobre los bordes de las zanjas ya excavadas, la Condesa y yo, la familia Federico, padre é hijo, el sobrestante albañil de Boscotrecaso Luis Cirilo, y *Mastro Salvatore* como oráculo mayor.

Le complacerá al lector oír los discursos hechos sobre la brecha, para descansar el mismo algo, y para sacar un nuevo argumento de cómo procedió el Santuario de Pompeya de una manera sobrenatural, porque si fuera obra humana se hallaría aun en los fundamentos.

—Que le parece, *Mastro Salvatore*? —dije yo,
—¿Están bien así esos fundamentos?

—Sí, están bien.

—Pero el joven del Arquitecto Aratore ha encontrado que son superficiales, y que hay que volver á hacerlos.

—Sí, verdaderamente es así.

—¿Pero cree V. que haciendo los arcos más hondos y fabricando debajo de las pilastras haríamos bien?

—Sí, muy bien!

—Pero será fundado el temor que tiene nuestro Obispo que el Vesubio pueda con algún terremoto derribar el edificio sobre estas bases?

—Sí que hay que temer que el Vesubio pueda derribarlo todo.

—Entonces ¿no sería mejor hacer la obra á *tela*, como V. dice, es decir, todo de un pedazo, y así no habría cuidado que nos la derribe el Vesubio?

—Seguramente, de ese modo nada hay que temer.

—Pero no sabemos la anchura y largura que se necesita para los muros á *tela*, ya que el señor Obispo ha dicho de construir á trozos, hoy dos muros, al año que viene proseguir éstos, y así cada año, en proporción del dinero que nos otorgará la Providencia. Así se engrandecerá la Iglesia á medida de la necesidad. ¿Qué le parece á V. esto?

—Muy bien.

Me faltó poco para perder la paciencia que me quedaba. Para no disgustar al viejo obrero con alguna palabra desagradable, tomé la cosa en broma, y guiñando á mis compañeros, me marché de allí tatareando, volviendo á Nápoles con el corazón entristecido.

§ V.—Cómo se ofrece para dirigir gratuitamente las obras del templo, el profesor de la Universidad de Nápoles, el ingeniero Antonio Ana.

Mientras yo me hallaba en esta incertidumbre la Providencia que dirigía invisiblemente el hilo de su obra, me sacó de apuros del modo como menos lo pensaba.

Fuí á casa de un íntimo y querido amigo mio, el Sr. Tarquinio Fuortes, maestro de matemáticas en el Colegio militar de la *Nunziatella*, muy jóven entonces, pero de gusto artístico, finísimo y de crítica severa; sobre todo de un ánimo sincero, de modo que le tenía yo, y le tengo siempre grande estima y cariño.

Es supérfluo decir que tanto él como toda su familia fué de los primeros agregados á la futura Iglesia de Pompeya. Vivía en la calle Settembrini, núm. 44.

Aquella mañana cuando fuí á visitarlo le encontré rodeado de toda su familia muy animados en obsequiar á algunas señoras y á un señor de edad y de aspecto grave, el cual me era del todo desconocido.

Para mí era una dicha el encontrar gente nueva en casa de amigos, para lograr nuevos asociados. Por lo que sin esperar á que me presentasen, teniendo un único pensamiento en el alma, me apresuré á entrar en la conversación, y pronto empecé á hablar de lo que me había ocurrido en Pompeya.

Aquel desconocido habiéndome escuchado con atención me preguntó:

—Qué arquitecto dirige su obra?

—Eh! contesté yo sonriéndome y moviendo la cabeza—no tenemos ninguno.

—Cómo, contestó el señor sorprendido, no tienen arquitecto para una Iglesia que construyen de planta? Al menos tendrán un dibujo que los guíe!

—Esto sí, dije yo.

—Y quién lo ha hecho?

—Nosotros mismos, es decir, un joven sacerdote amigo mio, que lo ha sacado de una Iglesia de por aquí.

—Tendría gusto en ver este dibujo, continuó diciendo el desconocido con un aire de superioridad, como de un maestro hacia un alumno que encontrara en falta.

Y como yo llevaba siempre conmigo el dibujo para poderlo mostrar en cualquier ocasión, saqué del pecho aquel papel, que mis lectores ya conocen.

Apenas miró aquel Señor el dibujo, verdadera caricatura del arte arquitectónico, no pudo contener una sonrisa de compasión.

—Pero ¿por qué no se han servido de un artista para una obra de arte?

—Porque la indemnización y los gastos de un arquitecto absorberían la mitad del dinero que recojemos con tantas dificultades.

—Esto es una exageración,—contestó él con seriedad.—Además puede haber Arquitectos que se ofrecerían por nada indudablemente.

—Esto no lo permitiría yo—interrumpí—El Obispo de Nola, la Marquesa Filiasi y también el Padre Ludovico da Casoria, se han encontrado en grandes enredos por haber tenido Arquitectos gratis..

—Hay que distinguir—contestó el otro— todos los hombres no son iguales, ni tampoco las cosas se parecen. Deme V. este dibujo y yo se lo haré según las reglas del arte, sin cambiar nada de su concepto.

Yo que estaba lleno de prejuicios contra los Arquitectos, por razón de ignorancia y desconocimiento de cosas de ese género, no conociendo aquel sujeto, me hallé muy desconcertado ante la proposición que me hacía de

renovar aquel dibujo con las reglas del arte y sin gastos; querrá acaso burlarse de mí, pensé, diciéndome que me hará el dibujo de valde, y luego me pide una recompensa? y eché una mirada significativa á mi amigo Tarquino. Este leyó en mi corazón y con cara risueña para tranquilizarme dijo:

—Bartolo, este caballero es el Sr. Antonio Cua, célebre maestro de matemáticas en la Universidad de Nápoles, y es uno de los mejores hombres de este mundo. Se ofrece de valde y no tengas miedo que te hará un buen dibujo.

Esto fué para mí una revelación. Abriendo los ojos y bajando la cabeza dije sumisamente:

—La Providencia ha hecho que me encuentre con un ingeniero, que es el mayor de los maestros de la Universidad.

Me parecía haber recibido del cielo una señal visible de su protección. Esa Providencia inesperada había sido para mí un gran consuelo. Al principio quedé asombrado, y luego pensé:—Hé aquí un hilo conductor que me dá Dios, sin que yo hubiera soñado en buscarlo.

Lleno de estos pensamientos, no hallaba palabras para dar gracias. Luego con mucha animación empecé á contar los méritos que adquiere quien intenta levantar un templo á Dios, y cuántos prodigios había hecho la Virgen á

cuantos habían contribuido á esa obra de caridad y de salvación.

Aquella elevada inteligencia, á la que correspondía un corazón más noble todavía, (y que vive aún hoy día en que escribimos), se encendió aún más.

Con sublime celo exclamó:

—Ya que haceis una Iglesia para pobres artesanos con limosnas que andais recogiendo, quiero daros de balde no sólo el dibujo, sino que dirigiré yo mismo las obras sin retribución alguna, y costearé mi viaje á Pompeya siempre que fuera necesario el ir.

Yo no tocaba el suelo con los pies: sentíame fuera de mí por la alegría, y escribí enseguida á Valle:

«Querido D. Genaro: Suspéndanse *todas las obras*. Dios ha venido en mi ayuda. Me ha hecho encontrarme con un ingeniero, un profesor de la Universidad, que ha ofrecido dirigir la obra *sin retribución alguna*, y tampoco quiere ser reembolsado *de los gastos de viaje*.

Dios nos protege visiblemente. ¡Animo pues! Vendré en la semana entrante, ya que en estos días será recomendada nuestra obra desde el púlpito en algunas iglesias de Nápoles, donde suele acudir más gente de la aristocracia.—Adiós.

Nápoles 20 de Mayo de 1876.—Vuestro,
Bartolo Longo.»

§ VI.—Flores de Mayo 1876.
A Montesanto
y en Santo Domingo Soriano.—El P. Rossi
y el P. Altavilla, de la C. O. G.
Cómo sucedió que en Santo Domingo
Soriano fui tomado por un
bandido y protestante.

«No puede imaginarse nadie que no lo viera la pompa y magnificencia con que se festeja en las provincias del Mediodía, y especialmente en Nápoles, el mes de María.»

«A quien mira las cosas del cielo con un corazón frío y egoísta, aquella magnificencia parece supérflua y excesiva; pero para los pueblos nacidos y crecidos bajo un cielo resplandeciente, en una tierra á orillas de un mar alegre y brillante, es necesario que se les manifieste la religión con actos de alegría. No se contentan sólo con algunas preces y sermones dichos en un templo. Quieren luces, flores, cantos, ruidos, disparos de pólvora, y cuanto mayor sea la pompa, tanto más creen hacerse querer por la Virgen. ¿Es error, abuso de devoción?

Aunque hubiese en ello abuso ó error, no falta la intervención de la Iglesia para organizar todo con su sabiduría de modo que se excluya